Nº 314 - TOMO 396 8 DE JUNIO DE 1999



REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA CAMARA DE SENADORES

QUINTO PERIODO ORDINARIO DE LA XLIV LEGISLATURA

20ª SESION EXTRAORDINARIA

PRESIDE EL LICENCIADO HUGO FERNANDEZ FAINGOLD
(Presidente)

ACTUAN EN SECRETARIA LOS TITULARES SEÑOR MARIO FARACHIO Y LICENCIADO JORGE MOREIRA PARSONS

S U M A R I O

1) TEXTO DE LA CITACION

«Montevideo, 4 de junio de 1999.

La CAMARA DE SENADORES se reunirá en sesión extraordinaria, el próximo martes 8, a la hora 15, para tributar homenaje al Dr. Rodolfo Talice.

Jorge Moreira Parsons
Secretario

Mario Farachio
Secretario.»

2) ASISTENCIA

ASISTEN: los señores Senadores **Andújar, Arismendi, Atchugarry, Bergstein, Carvalho, Cid, Couriel, Chiesa, Dalmás, Gandini, Garat, García Costa, Gargano, Heber, Irurtia, Iturria, Korzeniak, Mallo, Millor, Pais, Pereyra, Pozzolo, Ricaldoni, Santoro, Sarthou, Segovia** y **Virgili.**

FALTAN: con licencia, los señores Senadores **Brezzo** y **Michelini**; con aviso, los señores Senadores **Astori** y **Hierro López** y, sin aviso, el señor Senador **Sanabria**.

3) DOCTOR RODOLFO TALICE. Homenaje a su memoria.

SEÑOR PRESIDENTE.- Habiendo número, está abierta la sesión.

(Es la hora 15 y 26 minutos)

-Según lo dispuesto en la sesión del miércoles 2 de junio, el Senado se reúne hoy en sesión extraordinaria con el fin de tributar homenaje al doctor Rodolfo Talice.

Tiene la palabra el señor Senador Bergstein.

SEÑOR BERGSTEIN.- Cicerón, en su obra «Diálogo sobre la senectud» cuenta la conmovedora aventura de Sófocles a quien, teniendo ya 85 años de edad, sus hijos lo llevaron ante los jueces invocando que por su senilidad era incapaz de administrar sus bienes. En años anteriores Sófocles había escrito obras tales como «Antígona» y «Electra». Ante los jueces, Sófocles se quejó amargamente de la conducta de sus hijos y exclamó: «Si soy Sófocles, no perdí la razón; y si la perdí no soy Sófocles». Acto seguido leyó algunos fragmentos de una obra que acababa de terminar por lo que, en consecuencia, era desconocida para los atenienses, y entre los fragmentos que leyó estaba, también, el patético coro de los antiguos. La nueva obra, que había escrito a los 85 años, era nada menos que «Edipo Rey». Cuando finalizó la lectura, según cuenta Cicerón, los jueces se levantaron desbordantes de admiración por el padre e indignados contra los hijos y en triunfo acompañaron al poeta hasta su casa.

Luego de hacer una lista de ilustres longevos -Rodolfo Talice hizo en los últimos años una más completa- Cicerón expresa, no sin cierta sorna, que todos queremos una larga vida y nos deseamos recíprocamente en toda ocasión salud, pero las personas longevas -que no eran, como se comprenderá, muchas en aquel entonces- se quejan y, concluye Cicerón, que teniendo siempre lo que habían deseado por encima de todas las cosas, o sea, vivir muchos años, sin embargo no están contentas. Es evidente que no conoció a personas como Rodolfo Talice.

La vida de Rodolfo Talice fue tan rica y variada, incluso en los últimos años de su vida, que cada una de sus facetas debería merecer un análisis por separado. Seguramente, algunos oradores habrán de referirse a ello en el transcurso de esta sesión.

Nosotros nos detendremos en lo que nos parece esencial, o sea su manera singular de vivir la vida. De ese modo, impregnaba todo lo que hacía, como escritor y universitario, su ciencia y su filosofía, los cargos públicos que desempeñó, su labor pionera en defensa del medio ambiente del país, su docencia y en términos más generales, su vocación de divulgador. Incluso como deportista demostró, dicho sea de paso, que no hay edad para que el deporte forme parte de la propia vida. Impregnaba, decíamos, todas esas facetas con un mágico humanismo, una bondad natural, de manera tal que su fuerza radicaba en la cualidad esencial de su persona, determinando que él mismo se convirtiera, sin proponérselo, en un referente obligado de la vida nacional.

Julián Marías escribió una vez que se puede ser feliz, incluso, en medio de grandes dificultades. Hay que atreverse a ser feliz, como se atrevió Rodolfo Talice, confirmando que en verdad la fuente principal de la felicidad está en la gente y no en las cosas. Rodolfo Talice se atrevió a ser feliz. Era un espíritu organizado para ser feliz porque llevaba en sí mismo la condición de la felicidad.

Cada etapa de su vida no estaba solamente determinada por la edad que en aquel momento hubiera alcanzado, sino que la misma representaba la superposición de todas las edades anteriores. De ahí aquella afirmación muy suya de que el viejo sigue siendo niño, joven y adulto.

No perdió la capacidad de comunicarse y entusiasmarse con un fervor y un idealismo que parecen propios de la juventud. A ello le incorporó la decantada visión del adulto y la poderosa combinación de ambas cualidades llevó a que en la vejez sintiera, con tanta o más fuerza que antes, que siempre hay un futuro por delante, porque él, Rodolfo Talice, tenía la vitalidad y la paz interior que se requieren para, a cualquier edad, tener un futuro por delante.

Por lo mismo, tampoco perdió la indomable capacidad del asombro ante el ser humano y ante la naturaleza. Esa capacidad de asombro hacía de cada día de su vida una nueva aventura, cuya vivencia no guardaba para sí, porque la comunicación estaba en la propia esencia de su ser.

Una vez escribió que se sentía obligado a hacer una confesión. Leo textualmente: «Una confesión: ese afán por discursear estuvo entre las satisfacciones grandes de mi vida». Lo que quizás con cierto dejo irónico denominaba «discursear» significaba, en el caso de Rodolfo Talice, un acto de generosidad y de entrega para hacer copartícipes a los demás de sus conocimientos, de la voz de la naturaleza que sentía susurrar en sus oídos; en fin, era compartir una experiencia vital, su propia manera de vivir la vida.

Creo que en ningún momento, a lo largo de sus 100 años, pensó que la gente tuviera que detenerse a la vera de los caminos, sino que transitaba por ellos. Como diría Camilo Cela, sus propias huellas ayudaban a trazarlo, incluso ya viejo. Utilizo ex profeso el término «viejo», de ribetes a veces ásperos, cuando está referido a seres humanos, porque hay quienes creen que los viejos son un estorbo en su familia y en la sociedad. ¡Cuántas veces nos ha sucedido al visitar un hogar de ancianos -e incluso a quienes viven en su propia casa- que al preguntarles cuándo fue la última vez que vieron a un hijo, nos contestaran que estuvo en año nuevo o en alguna otra fecha distante! Parecía como si los hubieran depositado en los lugares en que vivían para que no estorbaran en el ámbito de la familia o de la sociedad.

Rodolfo Talice es un ejemplo paradigmático, obviamente singular, que reivindicó la vejentud como una etapa de la vida plena de riquezas; reivindicó a los ancianos en su capacidad de enriquecer nuestras propias vidas, porque la escuela del tiempo por la que transitaron más que el resto de las personas, significa una nueva dimensión que se suma a las demás.

En un homenaje que le tributó la Cámara de Representantes en 1992 evocó la consigna de Van Eyck, el pintor flamenco, consistente en tres palabras: «Mientras yo pueda».

Rodolfo Talice tenía 93 años de edad. Y finalizó su discurso con una oración maravillosa, una expresión que caló muy hondo en quienes lo escucharon, porque era una afirmación dirigida al futuro. Dijo así: «Y he de poder, sin plegar las velas de mi añejado barco, pese a que esté ya navegando muy cerca de las orillas. Un millón de gracias».

Pero somos nosotros, los uruguayos, señor Presidente, los que tenemos que darle las gracias a él, porque se preocupó por enseñarnos a vivir con su propia vida, aunque no siempre hayamos asimilado sus enseñanzas. Debemos estar agradecidos porque nos abrió las puertas de su corazón, provocando así lo mejor de nosotros mismos o, para decirlo en palabras de Rodó, por retenerlo, ahora que ya no está físicamente entre nosotros, en la consagrada región de la memoria donde se reúnen, como en un cielo cuajado de luces, seres benéficos y amados que hacen más grato nuestro peregrinaje por la vida.

Gracias, Rodolfo Talice.

(Apoyados)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Cid.

SEÑOR CID.- Señor Presidente: hoy recordamos nada menos que al Profesor Emérito Rodolfo Talice, distinción universitaria que se da en nuestro país a aquellas personalidades científicas del ámbito académico que han tenido una trayectoria acorde con la distinción que la Universidad les otorga, cuando las designa como profesores en alguna materia curricular. Esta distinción que nuestra Universidad le dio al Profesor Rodolfo Talice fue una de las tantas que recibió en su larga trayectoria científica, a lo largo y ancho del mundo, porque debemos recordar que fue destacado en cuatro países de distintos continentes con numerosas distinciones. Fue galardonado y reconocido internacionalmente en ámbitos académicos y no académicos.

El doctor Rodolfo Talice fue un hombre sabio, como dice el Presidente de la República, doctor Julio María Sanguinetti, cuando prologa un breve resumen que termina en una publicación de más de seiscientas páginas acerca de lo que fue su larga trayectoria como científico y como comunicador. Fue un hombre sabio que hizo lo que se propuso pero, además -como decía el señor Senador Bergstein- supo disfrutar del vivir y del transcurrir en la vida.

Fue también un ejemplo de universitario y en este sentido quiero hacer un breve análisis. El doctor Rodolfo Talice resume lo que esta querida y entrañable Universidad que está cumpliendo sus 150 años ha aportado a la vida de nuestro país. Y creo que si hay un ejemplo -sin duda que habrá muchos- quiero emblematizar a esa Universidad con la figura del Profesor doctor Rodolfo Talice. No en balde cuando recuerda sus comienzos en la Universidad de la República reconoce a verdaderas instituciones de nuestro país y en este caso de la medicina. Recuerda su pasaje por la Clínica Médica, nada menos que con el profesor Américo Ricaldoni; por la Clínica Quirúrgica, nada menos que con el profesor Alfredo Navarro; y luego la Cátedra de Parasitología, con el profesor Angel Gaminara. Verdaderas instituciones de la medicina a las cuales nuestro país también debe un reconocimiento que les ha dado parcialmente. El doctor Rodolfo Talice ha llevado a cabo una amplísima carrera desde el punto de vista universitario, cumpliendo todos los pasos académicos para ser en definitiva Grado 5, el máximo grado universitario y docente. Aquí quiero hacer una reflexión, porque en algún reportaje que leí a propósito de una distinción sindical que le hiciéramos el 2 de agosto de 1989 en el Sindicato Médico del Uruguay -donde lo caracterizamos como único Socio de Honor que esta Institución ha reconocido para una personalidad relevante del ambiente académico- señalaba con cierto dejo de amargura que la Facultad de Medicina era la única que cesa a sus docentes a los 65 años. Veremos cuánto más aportó el profesor Rodolfo Talice, como cuánto más han aportado otros docentes. Y como estos discursos habitualmente llegan a otros ámbitos, más allá de su familia o del ámbito universitario, es bueno que esta reflexión llegue a la Facultad de Medicina, porque junto con el doctor Rodolfo Talice que expresaba con cierto dejo de tristeza la amputación de su vocación -la carrera docente- recordamos también a figuras emblemáticas como al profesor Herrera Ramos, que una vez cesado en su carrera como docente Grado 5 siguió trabajando incansablemente y aportando a las nuevas generaciones -ya no en el ámbito académico, sino en el privado- toda esa sapiencia y sabiduría acumulada en años de trabajo, de estudio y de investigación en la sociedad.

La suerte que tuvo el profesor Rodolfo Talice fue que pudo seguir su carrera docente y universitaria abriendo nuevos espacios en la Facultad de Ciencias, en la Cátedra de Biología General de la Facultad de Humanidades y Ciencias, donde curiosamente, a pesar de haber sido cesado en la Facultad de Medicina, fue Decano y además reelecto, lo cual le produjo una gran satisfacción como culminación de una etapa de su carrera docente. Además, fue Vicerrector en épocas complejas para el país, en el año 1967.

Esta es una pequeña reseña de lo que pudo hacer este brillante Profesor que, además, apuñaba otras virtudes porque en tiempos en que la reforma universitaria proclamaba a los cuatro vientos la extensión universitaria, éramos pocos los universitarios que cumplíamos con esa tarea vinculada al quehacer universitario. Y don Rodolfo Talice yo diría que fue más un comunicador que un científico. Fue un comunicador allá por

mediados del 60 cuando crea el primer Centro de Estudios Cinematográficos de la Universidad de la República. Con su trabajo, su investigación y su tesón creó más de 70 películas cinematográficas de alcance científico difundidas a lo largo y a lo ancho del país y también en el exterior. Recorrió Europa con sus películas, donde fue distinguido y reconocido internacionalmente por el valor y el aporte científico que las mismas contenían.

Hizo extensión cuando fue a las radios, cuando semanalmente iba a Radio Sarandí en horario de la mañana y ya muy avanzado en edad seguía reflexionando sobre el hombre, su contenido y sus imprudencias cuando manipula el medio ambiente en su afán de desarrollo, y sobre los riesgos que el desarrollo industrial entraña.

Pero también nos habló de los pájaros de este país, de los pájaros que él veía en ese mes de enero cuando iba a Solís. A su regreso, reflexionaba sobre todo lo que había captado de la naturaleza y percibido en su contacto con ella.

Fue esencialmente un comunicador, un educador que nos trasmitió valores esenciales de la comunicación entre los seres humanos, como por ejemplo el significado y las características que tiene el estrecharnos la mano. Todo lo que podemos trasmitir con ese gesto. Además, nos señaló la importancia que tenía que el bebé recién nacido estuviese depositado sobre el vientre de la madre.

Nos enseñó a vivir, a reconocernos y a comprendernos un poco mejor.

El doctor Rodolfo Talice cumplió con esta tarea y, una vez que sus fuerzas ya no le alcanzaban para desarrollar otras actividades científicas, desempeñó en el campo de la comunicación un rol muy trascendente para la vida del país. Y debemos decir que no ejerció la comunicación en un único ámbito, ya que asistió y participó con gran interés en ciclos de conferencias, encuentros y seminarios en distintos lugares, tal vez por esa inclinación a charlotear, como decía el señor Senador Bergstein, que resultó un don esencial y muy rico en su vida como científico.

Por nuestra parte, tuvimos el privilegio de ser alumnos del doctor Talice, no en el sentido de comprometernos a seguir su carrera o su ejemplo, sino en el de haber recibido clases del profesor, a quien todavía recordamos en el edificio de Parasitología -en la calle Las Heras esquina Ramón Anador- con aquella alegría de estar comunicando todo lo que él sabía sobre uno de los temas que estudió y desarrolló. Nos referimos al tema de la enfermedad de Chagas, con cuyos estudios llegó, incluso, a reivindicar a uno de sus investigadores. Lo recordamos hablándonos de la vinchuca, de las dos clases que existen de ese pequeño animal que asienta en las viviendas rurales y que en las noches ataca al campesino, trasmitiéndole esa terrible enfermedad, que por suerte hoy en Uruguay -a diferencia de lo que decíamos en 1989- se ha logrado abatir hasta conseguir prácticamente su desaparición.

Cabe señalar que el estudio de la enfermedad de Chagas le significó a Talice el reconocimiento internacional. Concretamente, fue reconocido por la Facultad de Medicina de París, con un premio en metálico del profesor Brunt, viejo y entrañable conocido del profesor Talice, que estuvo en el país trabajando en el estudio de la mencionada enfermedad. El reconocimiento se debió a que el profesor Talice fue el primero en Latinoamérica que publicó los primeros cien casos de enfermedad de Chagas.

Me parece importante citar aquí una anécdota, porque esa enfermedad se descubre en 1909 por don Carlos Chagas, investigador brasileño pionero de la investigación científica. Al hacer los anuncios sobre la nueva enfermedad, él dijo que el bocio endémico, enfermedad de la glándula tiroides, estaba vinculado a la enfermedad. Fue un error en su apreciación científica que le costó muy caro al profesor Chagas, porque se juntaron dos elementos: la imposibilidad de un diagnóstico accesible a esa enfermedad, y el haber emitido un juicio que no se ajustaba a la realidad. Esto le significó el desprestigio en su propio país, ya que le retiraron premios y honores. Don Rodolfo Talice cuenta que, siendo estudiante de Medicina, viajó a Brasil a entrevistarse con el doctor Chagas, quien le trasmitió todo lo que él sabía sobre la enfermedad.

Desde 1909 a 1939 reúne los primeros cien casos de enfermedad de Chagas, después de un largo peregrinaje por todo el país. Para llegar a la primera publicación de esos cien casos, Talice tuvo que trajinar en su viejo Ford -como él relata- por todos los departamentos del interior, para encontrar la distribución de la vinchuca en el territorio nacional. Así llegó a tener, también, la primera distribución geográfica del tripanosoma de la vinchuca en el Uruguay.

Cabe señalar que recién veinte años después de la entrevista que mantuvo con Carlos Chagas, Talice pudo realizar la primera publicación. Lo cierto es que ya había fallecido el investigador, por lo que no fue posible llevar adelante esa suerte de reconocimiento científico que Chagas merecía; fueron sus hijos quienes reconocieron a Talice y lo invitaron a Brasil para dictar conferencias en reconocimiento a su padre.

Don Rodolfo Talice fue una persona excepcionalmente valiosa para el país, que no sólo ha dejado aportes a este territorio uruguayo, sino que también los dejó en el exterior. Fue un verdadero embajador del país en los distintos ámbitos mundiales. Resultó condecorado en cuatro países, entre ellos Bélgica y Grecia. En Francia dictó conferencias en la Facultad de Medicina de París, lo que no es un reconocimiento menor. Además, cumplió todos los pasos de la carrera docente en nuestra Universidad de la República.

Quiero hacer un reconocimiento, también, a alguien que resultaba entrañable en sus charlas y conferencias; me refiero a Konrad Lorenz Premio Nóbel de Medicina, quien dio difusión a la labor de Talice. Lorenz fue el introductor del concepto de ecología -que más tarde Talice rebautizara, hablando más ampliamente de etoecología- y fue Premio Nóbel de Medicina por

entrar en el análisis de los comportamientos humanos y también animales, estudiando su vinculación con lo que son ciertas normativas o adquisiciones que en la vida humana vamos haciendo de una manera imperceptible.

Considero que le hace mucho bien al Senado de la República repasar la trayectoria de una persona del peso intelectual, científico, ético y humano del doctor Talice. Por consiguiente, me siento muy feliz de participar de este homenaje a su figura. Vuelvo a decir lo que dijimos como Presidente del Sindicato Médico en 1989, oportunidad en la que distinguimos al doctor Talice como Socio de Honor. Aprovecho esta ocasión para aclarar, a título anecdótico, la razón por la cual recién cuatro años después de reinstaurada la democracia lo distinguimos. Hubo que hacer una reforma de estatutos para poder llevar adelante el homenaje, dado que Talice se había borrado de la plantilla de socios durante el proceso de la intervención, y no había mecanismos estatutarios para homenajearlo. Así, hubo que implementar una reforma creándose la figura de Socio de Honor. En aquel momento, junto a su familia, nos sentimos muy contentos de poder reconocer a un científico, a un universitario que había hecho tantos aportes al país y que había trascendido las barreras de nuestro territorio para convertirse, vuelvo a decirlo, en un embajador mundial.

Muchas gracias.

SEÑOR RICALDONI. - Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador.

SEÑOR RICALDONI.- Señor Presidente, compañeros del Senado, familiares del doctor Talice que nos honran con su presencia en las Barras. Esta es, simplemente, una expresión más de lo que todos estamos sintiendo al mismo tiempo, sin distinción de banderías políticas. En cierta forma, la sesión extraordinaria del Senado es un homenaje, pero tiene algo que no suele ser frecuente en este tipo de ceremonias parlamentarias -al menos en mi opinión- ya que es, al mismo tiempo, una despedida del tránsito por la vida que, quien habla, la hace más que con tristeza, con alegría. ¡Qué maravilla, señor Presidente, desde el primer minuto, en el momento del nacimiento, hasta la muerte, vivir la vida en plenitud! El doctor Talice, aproximadamente un mes antes de su muerte, había cumplido cien años, todos ellos en pleno uso de sus facultades mentales y también de sus calidades personales, entre las que, por supuesto, estaba su condición de hombre de familia, de hombre de ciencia y, en suma, de hombre completo.

Esta mañana, sintiendo la obligación de decir algo en el curso de esta sesión, extracté algunas de las expresiones que recogió en su obra. La primera no es del doctor Talice, ya que él la atribuye a un «precepto de tribu fueguina», y consta en uno de sus primeros libros. Allí, entre comillados, el mismo señala: «Cuando hable contigo gente vieja, escucha atentamente aunque te aburra, pues igualmente tú envejecerás un día y tampoco te gustará entonces que los jóvenes rehuyan tu compañía». Esta hermosísima frase quizás estaba anticipando alguna forma de sentimientos contrapuestos del doctor Talice, que permanentemente quiso sentirse joven, sabiendo que la vida termina y que, a veces, la frialdad o la crueldad de las generaciones significa no ser comprendido por los menores y sentirse uno mismo fuera del tiempo y de la distancia frente a las otras generaciones. Sin duda, no casualmente incluyó esta frase en uno de sus libros, pero no creo que significara una definición de lo que fue la calidad de vida del doctor Talice. Se me ocurre que fue -puede ser que lo diga atrevidamente- una demostración de que él también, como muchos otros, se planteaba esa difícil situación en que, con el correr de los años, vamos sintiendo que a veces no se nos comprende y otras sí, y que a veces los demás entienden que tenemos algo que decir y otras que no. En todo caso, creo que todos estaremos de acuerdo en que si algo llamó la atención de quienes lo conocimos -que fuimos muchos durante este siglo- es que predominó en él la convicción de que, incluso desde antes de la muerte, hasta el último minuto, había que dejar un mensaje para su entorno que, por supuesto, no era solamente el familiar, el científico ni el de la sociedad uruguaya.

Me parece que si algo caracterizó al doctor Rodolfo Talice -obviamente, sobre el gran médico que fue no tengo nada que agregar a la magníficas palabras del señor Senador Cid- y saltó siempre a la vista de quienes no hemos profesado la medicina, fue enseñar a saber vivir o a poder vivir. Enseñar a vivir no es lo mismo que enseñar a poder vivir. Quizás esto lo sepan los médicos mejor que nadie. Las dos son tareas científicas, sí, pero fundamentalmente tareas de humanismo solidario. ¡Vaya si supo enseñar a vivir y a poder vivir en plenitud! Uno de los señores Senadores preopinantes -no sé si el señor Senador Bergstein o el señor Senador Cid- hablaba de una expresión cuya paternidad seguramente le pertenece al doctor Talice. Me refiero a la expresión «vejentud». Todos nos acordamos de aquella expresión «vejentud, divino tesoro». En una de sus obras decía: «Vejentud, por lo tanto, mezcla de vejez y juventud» -no vejentismo, como insinuara- «es la que ha de impregnar estas páginas» -las de su libro- «desde la primera a la última. En adelante, a lo largo de este libro, que no ansía ser sabiondo, la abreviatura ‘v’ indicará ‘vejentud’».

Había sabiduría, sentido del humor, y muchas veces ironía en las palabras del doctor Talice, pero dentro de eso de enseñar a saber vivir o a poder vivir, tuvo para mí otra característica difícilmente ubicable en los seres humanos. Desdramatizó ese tránsito -para muchos sinónimo de incógnita- desde la vida a lo que viene o vendrá después. Y lo supo hacer de muchas maneras, porque su referente principal -diría, el inicial- fue la medicina. En uno de sus libros expresaba «¿Por qué elegí medicina como carrera?», y agregaba «No sé bien por qué. Quizás por considerarla la más científica de todas -no existía la Facultad local de Ciencias- quizás debido al influjo tremendo que ejerciera la lectura del libro de Ramón y Cajal ‘Reglas y Consejos Sobre Investigación Biológica’, cuyas páginas leía y releía continuamente; quizás porque no quería separarme de la especie humana; quizás porque no me sentía poseedor de vigorosa constitución y quería vigilarla yo mismo.»

Cuando uno trata de penetrar una personalidad tan rica y tan compleja, encuentra en la vida del doctor Talice, además de la actividad científica y docente, otras no menos intensas y prolongadas, como las actividades culturales y de comunicación, de las que también se ha hablado. ¿Quién no tenía una cita ineludible con sus irrupciones radiales de todas las mañanas? ¿Quién no se lo imaginaba a través del receptor con esos gestos tan propios de él, con esos rasgos que lo caracterizaban? Pero entre sus actividades, también estaban las deportivas. El que habla se inició en un deporte -de los llamados menores- con el doctor Talice como Presidente de la Institución. Me refiero al Círculo de Tenis de Montevideo.

Recuerdo que en un momento, siendo él el gran Presidente del Club que fue -luego vendrían otros grandes Presidentes como, por ejemplo, los doctores Alberto Gallinal Heber y Washington Beltrán- un grupo de jóvenes irresponsables -y hoy a la distancia digo «bastante atrevidos»- presentamos una lista de esas que se suelen llamar «de renovación» y que generalmente no pretenden otra cosa que luchar por ese pequeño territorio de poder, que cuando somos jóvenes o pequeños nos parece un objetivo fundamental. Para desgracia de esa Institución triunfamos en las elecciones. Recuerdo las palabras del doctor Talice, Presidente saliente, que eran de consejo, de aliento, de apoyo y ofrecimiento -todo lo cual cumplió luego- a quienes nos íbamos a equivocar frecuentemente.

Con respecto a sus actividades sociales, quiero referirme en ese sentido al cultivo que tuvo de sus amigos, desde el primero al último día de su vida, con una pasión casi religiosa. Basta ver en otra de sus obras, un capítulo denominado «Testimonios de gratitud» que dice -y cito textualmente- «En recuerdo de mis padres Luigi y Herminia, a mi idolatrada Madeleine madre de mis buenos hijos: Fanny, mi querido Jorge, la adorada Francine, y a sus esposos. A mis amados nietos» -y los nombra-, «a mi bisnieta Luciana -la primera- y a Nicole y a Mateo. A mi adherido hermano Roberto y a su esposa», etcétera. Esto me llega profundamente porque, entre otros, incluye en lo que él denomina «mentores idolatrados», a mi abuelo, profesor en la Facultad de Medicina, junto con Alfredo Navarro, Gaminara y muchos otros.

Hay una actividad del doctor Talice que, generalmente, pasa inadvertida; no quisiera que fuese así en el futuro a la hora de recordarlo como gran hombre de este país y de este siglo. Me estoy refiriendo a su actividad política, en el mejor sentido de la palabra, en el de contribuir con su pensamiento y acción -que nadie puede dejar de compartir- con dureza, ironía y con un estilo, que también me permito comprobar a través de otras citas, a un modelo de país. Hablando del hombre, decía: «Ignorante a la vez. Cierra sus ojos a patentes realidades. Es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. Se niega a acatar normas sin embargo imperativas en cuanto al vivir y al convivir. ¿De cerebro poroso? Ciertamente. El desarrollo de la corteza cerebral del Homo Sapiens le permite asimilar estímulos exteriores muy variados, y vincularse, como animal social, con sus semejantes, mediante la comunicación verbal y, asimismo, la no verbal, tan importante como aquélla. A menudo, sin embargo,» -señalaba- «impermeable. Clausura sus puertas de entrada. Es conservador. Se contenta con lo ya recibido culturalmente; le cuesta cambiar. Deja pasar el tiempo sin preocuparse por mutaciones en las situaciones sociales. No metaboliza adquisiciones provechosas. Las resiste, aunque muestre aparentes tropismos por innovaciones. Contagia su entusiasmo por la informática invasora... y desdeña cifras elocuentes. Sintéticamente expresado:» -terminaba- «un ser paradojal porque ostenta comportamientos contradictorios».

Tiene mucho que ver con el momento que vive el país y el mundo, y tiene mucho que ver con esa característica polifacética de su personalidad. Pero surge de toda su vida, de su obra escrita, que todo ello lo supo hacer -me estoy refiriendo al científico, al docente y al gran ser humano- con sencillez y claridad. Diría que fue uno de los hombres más emblemáticos del Uruguay de este siglo que está terminando.

Fue un hombre tierno -y yo que lo conocí personalmente doy fe de ello- irónico, fiel a sí mismo, y lo que es lo mismo, siempre fiel a sus principios. Pero, supimos, sabemos o sabremos quién era realmente el doctor Talice? No dudo de que su familia sí lo sabe. Sin embargo, una personalidad de características tan dispares, todas homogéneas entre sí, pero diferentes, hicieron un componente humano final que no es fácil de ubicar. Por esta razón, señor Presidente, me voy a permitir hacer algunas referencias en ese sentido.

En primer lugar, quiero hacer mención a unas palabras del doctor Sanguinetti, prologando una obra de la que ya se ha hablado, que se titula «Las palabras y la vida» y que como las que voy a leer luego, resultan insuperables: «Desde esa perspectiva de la sabiduría, ya en sus últimas charlas como despegado del tiempo, nos habla don Rodolfo, trasladándonos el decantado producto de su experiencia; sin embargo, la respuesta profunda no está en esas conclusiones, sino en todo lo anterior, en ese quehacer infatigable de una vida, en esa inquietud permanente por seguir buscando, en ese horizonte ensanchado por la curiosidad, en esa visión amplia y panorámica de quien ha mirado el mundo con la metodología del científico, pero a la vez con la sensibilidad poética del amateur de arte, o del viajero infatigable y curioso, o del deportista alegre que alterna mente y cuerpo. La sabiduría del viejo tiene su raíz en la inquietud del joven que supo aprovechar su tiempo.

Esta versatilidad, esta posibilidad de adentrarse en el Dante tanto como en Konrad Lorenz, nos lleva obviamente al ideal del hombre renacentista, el humanista, ese personaje que no se siente ajeno a nada y que hoy solemos mirar como un ideal imposible».

Antes en el tiempo hubo otras no menos hermosas palabras de Francisco Espínola, con las que señalaba algo con lo que me siento profundamente identificado. Decía: «de pronto, la imagen del Dr. Talice, bien nítida mientras leía -ya expuse mi parecer de que el libro es una verdadera autobiografía- de

pronto se me empezó a desvanecer enturbiada por formas que en modo alguno le correspondían, ya que ellas, las intrusas consistían nada menos que en lenguas, níveas, guedejas en anchas, algodonadas barbas. Y luego, crecientemente, creciente y decisivamente preciso, no sólo sobre el hormigueo humano de «Cuentos, confesiones, confidencias» sino, también, sobre este que alienta a brazo partido en la para nosotros inmensa tierra, un dios, también él aplicado el ojo a un microscopio, se asomaba observándolo todo -inclusive al Dr. Talice- curiosamente; es decir (como recién 'doctorié' respecto de curiosidad): pronto él a auxiliarnos, a asistirnos, a acompañarnos. Y, asimismo, como el Dr. Talice desde que se levanta hasta que se acuesta, dulcemente sonriendo.»

Por último haré referencia a algo que me involucra familiar y personalmente con el doctor Talice, porque su familia y la mía nacieron en el mismo pueblo de Italia: el pueblo «Ricaldone», al que luego la burocracia errática uruguaya cambió la «e» por una «i» y aquí está un Senador que debería llamarse «Ricaldone» en vez de Ricaldoni. De allí surgió una gran amistad familiar, de la que han seguido siendo devotos -luego de la muerte de uno de sus maestros, que fue mi abuelo- sus hijos con los hijos y nietos del doctor Ricaldoni.

En un homenaje que realizó el doctor Talice en el Instituto de Neurología, refiriéndose a mi abuelo, dijo unas frases que yo rescato ahora para terminar mis palabras, no como un acto de vanidad personal, sino porque me han llegado profundamente y porque hoy siento que aquéllo que dijo de su maestro, le es aplicable a él a cabalidad que él no lo sabía cuando las escribió. Con ellas termino mi intervención, señor Presidente: «Antes, evocad conmigo, los que hayan sido peregrinos por hidalgas tierras castellanas, tras coro hermoso de la añosa Catedral toledana... y allí el epitafio grabado, sobrio y elocuente: '¡Canta y calla!'. Se puede cantar con palabras, aunque sólo el corazón -en verdad- sabe de canciones y un augusto silencio llega a convencer, cuando es el eco de una surgente voz interior. ¡Cantemos pues ahora, todos calladamente!.»

Fin del texto, fin de mis palabras también.

SEÑOR CARVALHO.- Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra, el señor Senador.

SEÑOR CARVALHO.- Señor Presidente: después de oír las elocuentes y brillantes exposiciones de los señores Senadores que me han precedido en el uso de la palabra, realmente me queda poco por decir. De todas maneras quiero incorporar algo, que será una exposición breve, a este homenaje que estamos rindiendo a una extraordinaria personalidad de nuestro país, el doctor Rodolfo Talice.

Si tuviera que definir esta figura, si tuviera que elegir algunos rasgos para destacarlos en esta ocasión, quisiera referirme a su gran vitalidad, a su creatividad, a su amplitud de miras y de intereses y también a la generosidad en la difusión del conocimiento, que lo acompañó hasta la última etapa de su vida.

Voy a limitarme a señalar algunos hechos, a los que todavía no se ha hecho referencia entre los muchos que podrían destacarse de la personalidad y de la historia de quien estamos homenajeando. Por ejemplo, en 1931 a los pocos años de haberse graduado como médico, se ofreció y participó como voluntario de la Cruz Roja en la Guerra del Chaco. Cuando nada lo obligaba a ello se sintió, por su profesión y su gran sensibilidad moral y social, motivado a tratar de mitigar el dolor de esa contienda que estaba afectando a dos países hermanos. Estuvo allí, en el Chaco, en las ásperas condiciones de vida de esa época y de esa latitud geográfica, haciendo lo posible por salvar vidas humanas como representante de la Cruz Roja.

Quisiera destacar también dentro de su brillante carrera académica y universitaria, que lo llevó a ser Director del Instituto de Higiene, Decano de la Facultad de Humanidades, Vicerrector y Rector Interino, un aspecto que para mí es trascendente y que aunque ha sido evocado, tal vez no se le ha dado suficiente relieve cuando realmente lo tiene. El doctor Talice fue fundador y Director honorario desde 1950 hasta 1973 del ICUR, Instituto de Cinematografía de la Universidad de la República, y hoy, después de ver el vertiginoso desarrollo de los medios audiovisuales y de comprobar su importancia para la educación y la investigación científica, esto puede parecer un hecho de no mucha significación. Lo cierto es que en el Uruguay y en la Universidad de 1950, con sus limitados recursos y falta total de experiencia en esta materia, el doctor Talice tomó la iniciativa de llevar adelante esta Institución, con energía, con generosidad al asumir esa responsabilidad como fundador y Director Honorario y con una extraordinaria tarea que cumplió a lo largo de 23 años. Creemos, señor Presidente, que todo esto merece un reconocimiento muy especial, sobre todo en un aspecto que quiero destacar. El ICUR comenzó como una especie de instituto de cine científico, donde se estaban aplicando a la investigación científica y posteriormente a la divulgación de los resultados de esa investigación científica, las técnicas cinematográficas. Así es como produjo extraordinarias investigaciones que se documentaron en películas sobre la vida de las termitas, sobre la araña del lino y sobre el comportamiento de los tucu-tucu, que es una especie autóctona. Luego, con el transcurso del tiempo el propio Talice permitió -y en buena medida propició- que el Instituto de Cinematografía de la Universidad de la República pasara de ser un instituto de cine científico a algo más amplio, es decir, a ser el lugar donde se creó y donde hizo sus primeras armas una extraordinaria generación de documentalistas que posteriormente producirían obras, que fueron distinguidas a nivel internacional. Entonces, lo que solamente era producción de cine científico, con el auspicio y de alguna manera con la orientación del doctor Talice, pasó a ser producción de cine documental con una orientación más dedicada a apreciar otros aspectos generales de la vida en nuestra sociedad.

Quisiera recordar también -!cómo no hacerlo!- su preocupación por la defensa del equilibrio ecológico, de la diversidad biológica, es decir, esa inquietud que surgió, como aquí lo han recordado, de su vinculación con Konrad Lorenz, a quien co-

noció en 1950 y a cuya doctrina o tesis de la etología adhirió con entusiasmo. Me refiero a la tesis según la cual es posible descubrir un elenco de reglas de conducta susceptibles de ordenar la vida de las sociedades humanas a partir de las bases instintivas, que nos son comunes con otras especies. Posteriormente, el doctor Talice se vinculó a la persecución de valores más permanentes que lo llevaron finalmente a hablar del concepto de eto-ecología, es decir del equilibrio ecológico en defensa de la diversidad biológica, del medio ambiente.

En resumen, señor Presidente, esta personalidad nos ha dado a lo largo de su vida ejemplos de muchas cosas, pero fundamentalmente quisiera rescatar el de optimismo y de energía, sin los cuales nunca se podrían concretar realizaciones tan grandes como las que él llevó adelante.

Para terminar voy a recoger dos frases de «Memorias del siglo». La primera expresa: «Creo en la vida pese a los sufrimientos que comporta» y, la segunda: «Creo que se puede llegar a la tercera y cuarta edad trabajando, sonriendo, soñando y queriendo mucho.»

Gracias señor Presidente.

SEÑOR PAIS.- Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador.

SEÑOR PAIS.- Hace unos días en la hora previa hicimos uso de la palabra y allí, en una apretada síntesis tratamos de rendir un homenaje en vida por la alegría que en ese momento nos generaba el saber que un ciudadano ilustre y tan brillante como el doctor Rodolfo Talice había cumplido cien años. Lamentablemente hoy lo tenemos que hacer en otras circunstancias y, entonces, lo que expresamos en esa oportunidad, sigue teniendo la misma vigencia. No obstante, en este homenaje en el que hemos asistido a tan elocuentes y distinguidas palabras por parte de los restantes señores Senadores, sin pretender llegar al nivel expuesto en Sala, me gustaría referirme específicamente a un aspecto que creo especialmente resaltable en la vida del profesor Talice. Fue el fundador de la conciencia ambiental en el Uruguay.

En ese momento hice referencia a una conferencia a la que lo invitamos, realizada el 16 de setiembre de 1993, donde amablemente nos rezongó por emplear varias veces en la exposición, la expresión «medio ambiente». A él no le gustaba porque entendía que no reflejaba el real concepto, así como bien se ha dicho aquí que la mesología y la etología distinguían mucho mejor lo que pretendíamos traducir en nuestra preocupación ecológica.

En esa conferencia, el doctor Talice destacó que era muy importante imprimir en el cerebro de los individuos una temprana y permanente responsabilidad mediante estímulos sensoriales y psicológicos frente a lo que significa su relación con el medio. Obviamente, esto significaba e implicaba también poner un énfasis muy especial en todo lo que fuera educación y formación; cuanto a más temprana edad se pudiera hacer, mucho mejor. Sensibilización por el ambiente y responsabilidad en su preservación.

Siento que aquel mensaje, dicho hace seis años, tiene hoy una permanente vigencia. Seguramente, si se dijera de aquí a dos o a cinco años, seguiría teniendo la misma vigencia. Y es que, en definitiva, en materia ambiental asistimos a una dicotomía entre la acción y la retórica. Hay ríos de palabras, de artículos periodísticos, innumerables seminarios, cumbres de ecologistas de todo el mundo pero, sin embargo, no logran despertar y traducirse luego en acciones concretas al momento de preservar no solamente el medio, sino el propio sentido de la raza humana.

Siento, también, que a partir de ese mensaje permanente del doctor Talice tenemos una gran responsabilidad. Siento hoy -como lo he manifestado en esta Sala- la angustia de saber que tenemos un país que todavía no logra defenderse adecuadamente de la agresión ambiental. Tenemos un país con una deforestación permanente de sus montes nativos. Asistimos todavía al angustiante espectáculo de ver la coronilla alimentando los fogones de muchas parrilladas capitalinas. Permanentemente asistimos a la depredación de la fauna, también motivo de preocupación nuestra puesta de manifiesto en una exposición en esta Sala.

Hace poco se ha denunciado la depredación y la desaparición de la pesca en la Laguna Merín y en los embalses del Río Negro. Permanentemente, se ha denunciado el contrabando de nuestra fauna hacia países vecinos, la cacería indiscriminada, la falta de un contralor efectivo, la explotación irracional de nuestros recursos y la contaminación de los cursos de agua, que hoy mismo son motivo de muchas inquietudes desde todas partes del país.

A todos estos hechos le agregamos lo que sucede en las ciudades, especialmente en nuestra capital, como es el manejo inadecuado de residuos de diversos orígenes con metodologías arcaicas, con la creación evidente de focos de contaminación por muchas partes, la contaminación del aire -que, según las estadísticas, ha aumentado las afecciones respiratorias- la polución sonora, el hecho de que hoy día todavía es lo mismo utilizar gasolinas con o sin plomo y la contaminación de la bahía de Montevideo. En fin, son muchas cosas que sabemos que existen, pero sin embargo los uruguayos todavía no hemos sido capaces de establecer medidas racionales y efectivas para su control y la preservación de ese gran entorno que nos rodea.

Hago estas manifestaciones en una sesión de homenaje porque pienso que no sería sincero conmigo mismo si no creyera que, tal vez, el mejor homenaje que podamos brindar al doctor Talice en este aspecto es asumir los compromisos y deberes que nos corresponden. Se trata de tener conciencia de que tenemos una legislación incipiente en materia ambiental y que, seguramente, necesitamos dar prioridad y tratamiento a la nueva Ley de Medio Ambiente, a la de Areas Protegidas y a la de Tratamiento de Desechos Tóxicos y Peligrosos.

En definitiva, considero que cada una de estas acciones y la impronta en las nuevas generaciones de que es necesario traducir en la acción y no dejarlo en la retórica, la defensa de nuestra relación con el medio y su mejoramiento, seguramente honrarían la memoria, el esfuerzo y lo que él mismo hizo en vida por todos esos temas.

Creo, pues, que ese es nuestro compromiso a partir de hoy. Ese es nuestro mensaje al doctor Talice, que seguramente estará atento como siempre lo estuvo cada vez que nos referíamos a estos temas. De la preservación del ambiente debemos hacer un postulado político, es decir, asumir una actitud política, mucho más allá de los partidos, de la cotidianidad, que nos permita lograr soluciones de fondo sobre determinados temas que nos angustian hoy, pero que van a angustiar mucho más al mundo futuro si no adoptamos acciones efectivas. Se trata, entonces, a partir de la formación de una conciencia ambiental generadora de acciones y responsabilidades, de hacer un objetivo político; hacer de la gestión ambiental integrada a los procesos de desarrollo, una metodología permanente.

Pienso que si hacemos todas esas cosas seguramente estaremos dibujando una vez más, en el rostro del profesor Talice, aquella sonrisa tan particular y afectiva. De alguna manera estaremos indicándole que todo esto se hace no sólo para el mejoramiento de la tierra, del agua y del aire de nuestro país y del mundo, sino también del corazón y del sentido de vida de cada niño, de cada mujer y de cada hombre de este país, que tanto quiso el profesor Talice.

Muchas gracias.

SEÑOR POZZOLO.- Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador.

SEÑOR POZZOLO.- Señor Presidente: personalmente me felicito del nivel que han tenido los discursos, sin ninguna duda acordes con la jerarquía de la persona que estamos homenajeando.

Recuerdo que la semana pasada, el mismo día de su sepelio, el Senado le rindió homenaje al doctor Talice poniéndose de pie y guardando un minuto de silencio en honor a su memoria.

Quisiera complementar este homenaje, por lo que voy a formular moción para que la versión taquigráfica de esta sesión sea remitida a la Universidad de la República, a la Facultad de Medicina y a los familiares del doctor Talice.

SEÑOR PRESIDENTE.- Hay un señor Senador anotado para hacer uso de la palabra, por lo que si el señor Senador no tiene inconveniente, postergaríamos la consideración de su moción.

SEÑOR POZZOLO.- La postergo y la dejo planteada para después.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Iturria.

SEÑOR ITURRIA.- Señor Presidente: voy a hablar del doctor Talice que conocí personalmente y que se corresponde con la última etapa de su vida.

En la década del noventa, tuve oportunidad de compartir unas cuantas horas de trabajo en el ámbito preferido por el doctor Talice en los últimos tiempos, que era el del conocimiento y el tratamiento de la naturaleza.

Todas las cosas que el hombre construye requieren esfuerzo y tiempo; todo lo que realiza el hombre es a través de obras llevadas a cabo de a poco. La condición de construir su propia vida es, tal vez, la tarea que más tiempo lleva, que más esfuerzo requiere, pero también la que mayores recompensas da.

Conocí al doctor Talice como una obra humana construida a través de un siglo y he tratado de observarla, comprenderla, estudiarla y tratar de sacar de ella las enseñanzas superiores que brinda un individuo cuando ha realizado su vocación y ha alcanzado el estado de sabiduría.

Una vez leí que cuando muere un anciano se quema una biblioteca, y es natural que esto sea verdad porque una pequeña parte del conocimiento, de la experiencia y de la vivencia de un ser humano se traduce en libros, en escritos o en grabaciones. Sin embargo, la mayor parte se va con él, porque no puede trasmitirse o dejarse todo aquel patrimonio adquirido durante tanto tiempo.

Leonardo Da Vinci decía que la sabiduría es hija de la experiencia. Esto es coincidente con el otro concepto que he señalado, en cuanto a que después de tanto andar por distintos campos, tratar personas de toda condición y vivir situaciones de toda naturaleza, se enriquece el espíritu y se logran experiencias inimaginables que llegan a ser una base esencial para trasmitir a los demás. Esa experiencia convertía al doctor Talice en un humanista, entendiendo por tal al individuo que tiene sentimientos y sensibilidad para atender todos los problemas, escuchar todas las inquietudes y aspirar a aprender un poco de cada una de las situaciones. Esa condición humanista está indefectiblemente unida a la naturaleza, porque no es posible para el hombre ni para ningún otro ser o especie viva sobrevivir, desarrollarse, crecer y cumplir su ciclo si no es en un determinado medio o hábitat que le protege o le ofrece las condiciones, incluso de adversidad, para poder realizarse. La lucha que tuvo el doctor Talice en favor de la pureza del ambiente es una enseñanza trascendente.

Aquí se ha examinado con detención la obra del doctor Talice, por lo que no voy a abundar en ello. Sin embargo, sí quiero decir que es una de las tareas fundamentales de los hombres del próximo milenio cuidar del hábitat, que no es infinito, sabiendo que en la coexistencia y el mantenimiento del mismo está basado el futuro de la humanidad.

Como bien señalaba el señor Senador Carvalho, sabemos de la presencia del doctor Talice en el Chaco paraguayo. Allí hubo una misión de paz uruguaya -cuando se estaba en guerra- y aún sobrevive uno de los observadores de la paz del Chaco, que es el coronel Raúl Berlocco, quien cumplirá sus cien años en setiembre. En misión de Cruz Roja fue el doctor Talice, junto con un representante del Comité de Ginebra. Allí llevaron a cabo una misión de protección al ser humano, a los detenidos, con todas las dificultades y carencias de aquella guerra triste y fratricida entre pueblos hermanos que, como lo señalaba el doctor Talice recién se conocieron en el uso de las armas.

En definitiva, serían infinitos los discursos posibles acerca de una figura que puede ser abordada desde distintos ángulos de la actividad nacional y desde diferentes tramos de su largo periplo; sin embargo, rescato como aspecto fundamental ese sentido humano de la vida y de la naturaleza, rescato su optimismo -que ya ha sido señalado en Sala- porque es una condición esencial de toda nación frente a su futuro, así como también rescato lo que vi en él cuando lo traté, conversé y nos reímos juntos de temas, anécdotas, cuentos y recuerdos. Me refiero a su sentido juvenil después de más de 90 años.

La juventud o la vejez son calificativos al espíritu más que al cuerpo y no están vinculados directamente con las edades o con los tiempos vividos, sino con la manera de ver y de encarar la vida. ¡Ojalá muchos uruguayos tengan el mismo temple que el profesor que hoy homenajeamos, para mirar el futuro con optimismo y para continuar la juventud más allá de los años mozos!

Muchas gracias.

SEÑOR PRESIDENTE.- En consideración la moción presentada por el señor Senador Pozzolo.

SEÑOR CID.- Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador.

SEÑOR CID.- Señor Presidente: quería complementar la moción presentada por el señor Senador Pozzolo en el sentido de solicitar que se remita la versión taquigráfica de las expresiones de este homenaje al Sindicato Médico del Uruguay.

SEÑOR PRESIDENTE.- En consecuencia, se pasa a considerar la moción del señor Senador Pozzolo con el complemento presentado por el señor Senador Cid.

Si no se hace uso de la palabra, se va a votar.

(Se vota:)

-24 en 24. **Afirmativa.** UNANIMIDAD.

4) SE LEVANTA LA SESION

SEÑOR PRESIDENTE.- Se levanta la sesión.

(Así se hace a la hora 16 y 43 y minutos, presidiendo el licenciado **Hugo Fernández Faingold** y estando presentes los señores Senadores **Arismendi, Atchugarry, Bergstein, Carvalho, Cid, Couriel, Chiesa, Dalmás, Gandini, García Costa, Gargano, Irurtia, Iturria, Korzeniak, Mallo, Pais, Pereyra, Pozzolo, Ricaldoni, Santoro, Sarthou, Segovia**, y **Virgili**).

LIC. HUGO FERNANDEZ FAINGOLD
Presidente

Sr. Mario Farachio
Lic. Jorge Moreira Parsons
Secretario

Sr. Freddy A. Massimino
Director del Cuerpo de Taquígrafos

Corrección y Control
División Publicaciones del Senado
Dep. Legal Nº 205147/99